

M<sup>a</sup> CONCEPCIÓN DE CASTRO CORPAS



LOS HOMBRES Y YO

*Basada en una historia real*



## En un tiempo

Nací un día de primavera, el 10 de abril de 1952. Tras el largo y frío invierno, regresa como cada año una fecha mágica envuelta en una maravillosa tela de breve periodo de tiempo, maravillosa como ninguna otra estación. Ella, cada año, hace brotar la flores y la hierba de nuevo, los olores se hacen más intensos gracias a las ocasionales y más abundantes lluvias, la madre naturaleza parece volverse más hermosa, y el Sol intenta calentar y brillar más. Y esto en Madrid, mi ciudad natal, la capital de España, donde la gente ni tiene, ni tenía tiempo para pararse a oler una rosa en el camino, donde la todos corren de aquí para allá, la mayoría con tales prisas que no les dejan pararse para observar los pequeños detalles de aquello que les rodea, pasando desapercibidos. Actualmente, con tales nervios que hacen que se mire de forma constante el teléfono móvil, como aquel que mira su reloj de forma continua cuando va apurado, con el tiempo muy justo a algún lugar.

Abril es una época en la que no hace ni mucho calor ni mucho frío; es un tiempo en el que las faldas se sacan del armario, las pulseras y collares se hacen más visibles

a todos, los gorros que nos cubrían las orejas ahora ya no están y permiten lucir nuestros pendientes favoritos y hacernos sentir más bonitas.

En mi juventud, resultaba extraño ver a mujeres jóvenes con pantalones y desaliñadas; no parecía ser entonces algo muy femenino. Las formas de pensar eran otras; quizá por ello aún sigo vistiendo con faldas y vestidos, así me educué. En aquellos tiempos no había tanta variedad de comercios de ropa o complementos para mujer donde elegir como tenemos ahora. Apenas unos pocos tenían televisor, esos tremendos televisores con pantalla ovalada en blanco y negro, que pesaban una barbaridad. Por aquel entonces, la radio resultaba ser más útil que los dos únicos canales de televisión que existían (la primera y segunda cadena de Televisión Española, o *La Uno* y *El UHF*, como las llamábamos). Tampoco la calidad de imagen era la misma. Cuando la imagen se iba, había que darle un golpe al cacharro para que volviera. Pocos eran también los que tenían qué comer, y menos aún tecnologías como el teléfono fijo... ¡Uy! Qué decir; el teléfono móvil ni existía...

Eran malos tiempos, una época conflictiva políticamente hablando. Gobernaba entonces la dictadura de Franco; eran tiempos que, comparándolos con hoy, se pueden considerar primitivos, principalmente porque no había ni la cuarta parte de avances tecnológicos que hay hoy en día.

Las relaciones entre hombres y mujeres también eran un tanto diferentes. Los inicios de las mismas eran más bonitos que los de hoy; cualquier mujer que se considere romántica estará de acuerdo conmigo en ello. Ese romanticismo del que hablo está en peligro de extinción. Algunas mujeres modernas aún pueden encontrarlo, siguen existiendo hombres románticos, claro que sí; hay algunas diferencias, como por ejemplo que en el cumpleaños te manden un *WhatsApp* y ya sepas el regalo que tendrá para ti... Qué diferencia de cuando se presentaban a primera hora de la mañana en el portal de tu casa con un ramo de flores antes de haber despertado... eso sí es una sorpresa. Y por supuesto, con una caja de bombones, quizá una tarta, o algo que él ya sabía que te gustaría. En estos tiempos las tartas se mandan convertidas en un emoticono del móvil. Yo, desde luego, no le veo el romanticismo por ninguna parte. Yo fui, y soy, y probablemente siga siendo muy romántica el resto de mi vida; los detalles siempre fueron importantes. Lo son para toda mujer; pero si además eres romántica aún lo son más: se convierten en la clave, en la llave del corazón de una mujer.

¿En alguna ocasión tuvisteis esa sensación de que la vida es muy complicada? La vida es complicada y sencilla a la vez. La mía se lió mucho año tras año: te preguntas qué hubiera pasado de haber tomado otras decisiones diferentes a las que tomaste, qué tal habría sido la vida con Pepe, o con Manolo... No podemos llegar a saber

cuál sería nuestro mundo paralelo de haber tomado otras decisiones. Siempre es tarde para volver atrás; el tiempo no se recupera, es como un cáncer que nos va comiendo la vida de forma constante hasta la muerte, es inevitable.

Somos producto de lo que nos rodea, de nuestras experiencias vividas. Las mujeres nos hacemos, con el tiempo, más listas e inteligentes. La experiencia es todo un grado, sin duda; somos como y quienes somos en el presente gracias a quiénes fuimos y a por cómo fuimos en el pasado. Todas deberíamos sentir orgullo de nosotras mismas, de ser por ende nuestra propia consecuencia del pasado... A pesar de que en el presente una pueda ser una mujer más o menos feliz a causa de sus acciones, no podemos obviarlas.

La vida no toma las decisiones, es el entorno que nos va moldeando, y nos hace finalmente ser quienes somos. Y por ser quienes somos tomamos las decisiones. Pero es la vida la que nos impele a tomarlas. ¿Es el destino, o quizá son las decisiones que tomamos? No existe forma de saber si tomé mis decisiones porque estaba predestinada a que fueran de esa forma, o simplemente es que nos equivocamos. Pero es inevitable meditar y llegar a una conclusión; en mi caso, creo que tomé muchas decisiones equivocadas... quizá no fueron decisiones equivocadas, y el error esté en los hombres con respecto a los cuales tomé mis decisiones.

Los lugares de ocio y el trabajo son los espacios que más frecuentamos (los de trabajo por obligación, y los

de ocio, en nuestro tiempo libre, por diversión) para desconectar de la monotonía, de los problemas... o tal vez porque simplemente somos de esas personas a las que no nos gusta estar encerradas en casa, de esas que no pueden estar solas sin hablar con nadie. Mayormente, el tiempo se pasa en el trabajo; algunas más y otras menos, unas con jornadas de ocho horas y otras con jornadas de doce. Y también tenemos a las universitarias; en sí, se puede considerar como trabajo el tener que estar estudiando de forma constante largas horas cada día. Eso sí, es un trabajo no remunerado, pero que la sociedad requiere para darnos un puesto de trabajo mejor. Claro... esto es en teoría; no por tener una carrera se acaba de presidenta. La desigualdad entre hombres y mujeres lo hace más difícil.

En mi caso realicé estudios, aunque no universitarios. Más bien eran cursos. La mecanografía tenía salida; todos mis estudios iban en la dirección de secretariado... pero fue una profesión que no tardó en morir con las nuevas tecnologías. Con el tiempo se comenzaron a complicar las cosas para acceder a un puesto de secretaria; finalmente me puse a trabajar en cafeterías. Este oficio nunca muere. Entonces era lo que más salida tenía... y sigue teniendo. Y lo mejor es que no se necesitan estudios superiores. Es un trabajo fácil de encontrar; aunque debo decir que no todo el mundo lo aguanta, y que como en todo trabajo se necesitan unas dotes, digamos

unas cualidades, que además deben ir acordes con la personalidad de uno. Sobre todo, se precisa rapidez y memoria a corto plazo. El trabajo en hostelería permite conocer a mucha gente; en una cafetería entre el 85 y el 90% suelen ser clientes habituales, y día a día se les va conociendo un poco más. En la actualidad sigo trabajando en el negocio de la hostelería, el cual me permitió y me permite conocer a mucha gente. Es casi inevitable, con los años, no involucrarse finalmente más con unos que con otros. Tarde o temprano, alguno se enamora de su camarera; el cliente va a tomar un café, y ella se lo sirve... y no debe haber más roces. Pero somos personas, y nos sentimos atraídos unas por otras, y el roce hace el cariño, como se suele decir; es inevitable cuando llevas muchos años trabajando para la misma gente, sirviendo cafés para los mismos clientes... al menos, en las cafeterías de barrio.

En la adolescencia nos topamos principalmente con dos formas de pensar: la que quiere estudiar una carrera y ser independiente; y la que quiere casarse y tener hijos, ser una mujer de su casa. En raras ocasiones se encuentra un tercer pensamiento que combina los dos anteriores. En base a estas intenciones se van encaminando las acciones que tomamos; algunas quieren ser madres antes de ser mujeres. Son muchas las adolescentes que tienen hijos, y es difícil saber llevar esto; porque una adolescente obviamente no está preparada como persona ni como

mujer para llevar a cabo esta labor tan dura y que apenas deja tiempo. Pero la vida nos obliga adaptarnos a las circunstancias.

En la adolescencia, la ilusión y las ganas de vivir son inmensas, indescriptibles. Creemos saber que podemos con todo, que solo es cuestión de tiempo conseguir aquello que tenemos en mente; el tiempo va apagando esa ilusión poco a poco. No la ilusión en sí misma, sino la intensidad de la misma. No se siente de la misma forma cuando somos adolescentes que cuando somos adultos, las cosas no se ven igual; adquirimos un conocimiento que nos va descubriendo la verdad, y el velo de la ilusión va desapareciendo poco a poco. Esto nos enseña que las cosas no son tan fáciles como el mero hecho de desearlas en nuestros sueños más maravillosos y profundos. Es como ir a un examen de matemáticas pensando que los problemas del examen serán menores, y que ya tenemos las respuestas porque estudiamos mucho, y cuando nos sentamos y vemos el examen encima de la mesa, al comenzar a ojearlo nos damos cuenta de que no será tan fácil, y que algunos de los ejercicios nos suenan a chino y no sabemos cómo hacerlos.

Podemos ver a adolescentes más responsables que mujeres de 20 y de 30 años; pero por regla general eso no es así. Aunque dos hermanos se ven pocos años entre ellos, eso no les obliga a ser los mejores amigos del mundo. Lo mismo sucede cuando hablamos de madres e hijos:



no por llevarse menos años son más amigos. Puede ser que en la vida acontezcan periodos de tiempo no continuos en los cuales sean los mejores amigos del mundo; pero no necesariamente una cosa conlleva la otra. Y tampoco quiere decir lo contrario; es decir, que entre hermanos y madres e hijos pueden tener mucha confianza entre sí, independientemente de los años que se lleven entre ellos, tanto si son muchos como si son pocos. La diferencia de edad no determina el grado de amistad, ni entre padres e hijos, ni entre hermanos, ni a nivel familiar en general.

La biología determina cuándo se pasa de ser una niña a adolescente, y después a mujer; eso lo sabemos todas. Pero la biología no determina la madurez. La sociedad, por otra parte, acepta que una persona es mayor de edad a los 18 años (dependiendo del país, puede variar). La sociedad determina en base a la edad cuándo una persona es mayor de edad; este es el punto en el que se sobreentiende que uno es responsable de sus acciones. Por ejemplo, no se juzga de la misma forma a los menores que los adultos; se entiende que una persona es adulta y responsable de sus acciones cuando la ley determina que ya eres mayor de edad. Esto no impide el hecho de poderte encontrar a personas que con 40 años son inmaduras, y a otras que con 15 que son muy maduras. Cuando eres adolescente y madre hay una lucha interior, sintiendo por una parte esa responsabilidad que implica el hijo,

y por otra la necesidad de ocio que conlleva la adolescencia en sí misma. Son muchas las mujeres que dejan a sus hijos con sus madres, es decir, a los nietos con sus abuelos; ya sea para ir a la discoteca a divertirse, para estudiar o para ir a trabajar, sobre todo si es madre soltera.